

25 MAYO 2008 CORPUS CHRISTI



DEUTERONOMIO 8,2-16: Te alimentó con el maná que tú no conocías ni conocieron tus padres
SALMO 147: Glorifica al Señor, Jerusalén.
1 CORINTIOS 10, 16-17: El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo.
JUAN 6, 51-59: Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida

1. CONTEXTO

LA MESA COMPARTIDA

El evangelio de Lc nos presenta a Jesús comiendo con tres grupos de personas muy diferentes: a) con publicanos y pecadores; b) con fariseos; y c) con sus discípulos. Nos encontramos frente a textos de una gran elaboración literaria y de enorme profundidad teológica. Lc establece una contraposición entre dos sistemas, uno representado por el templo, y el otro por la casa. Este punto nos introduce en el corazón del mundo social lucano y de su teología del reino de Dios.

La mesa compartida es un momento en el que Jesús expone enseñanzas excepcionalmente importantes. Cuando quienes comparten la mesa con él son sus discípulos, la enseñanza de Jesús tiene un tema clave: la cruz, su destino doloroso, su misión de servicio, que debe ser asimilada y compartida con sus discípulos. La enseñanza y la mesa están íntimamente unidas. Con quien se comparte la mesa se comparte la vida.

El templo representa una economía centralizada de redistribución. Se caracteriza por una autoridad político-religiosa que controla los recursos económicos e ideológicos. En cambio la casa/familia representa una

economía de reciprocidad generalizada. Se caracteriza por la solidaridad incondicionada del grupo y la acogida de niños, ancianos, enfermos y necesitados.

La mesa compartida por Jesús con los pecadores de Israel, es el paso previo que prepara para la mesa compartida con los paganos.

Compartir la mesa no es dar pan o alimento para el camino; **se trata de acoger en la mesa**. La aceptación del reino se traduce necesariamente en hospitalidad y apertura de la propia mesa. Es mucho más fácil dar dinero a un pobre que invitarle a entrar en casa y que se siente en nuestra mesa, aunque esto cueste menos dinero. Una limosna generosa puede ser el último refugio contra el temor de una comensalidad abierta; una estrategia para no compartir la vida y no abrir las propias fronteras.

A) Comidas con publicanos y pecadores

En tres textos claramente relacionados entre sí, la comida de Jesús con publicanos y pecadores provoca una reacción escandalizada y extrañada. Es que, en efecto, esta participación de la mesa está cuestionando el **sistema de pureza** en que se basa la coherencia interna del pueblo.

Jesús responde a las críticas reivindicando una nueva y desconcertante experiencia de Dios: no se puede legitimar en nombre de Dios, un orden social excluyente. **Hay que reconfigurar un nuevo mundo, en el que la misericordia sustituya a la pureza**. El *sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso (Lc 6,36)*, sustituye al *sed santos como Dios es santo* del A.T.

El compartir la mesa **con los impuros de Israel** cuestionaba las fronteras étnicas del propio pueblo y creaba las condiciones de posibilidad para el paso posterior de apertura universal del cristianismo.

B) Comidas con fariseos

Las tres escenas en las que Jesús entra en casa de un fariseo a comer están íntimamente relacionadas entre sí. En las tres escenas se desarrolla una conversación de sobremesa en las que Jesús se muestra enormemente polémico con su anfitrión y con los comensales. Cuestionando severamente el sistema de pureza que los fariseos trasladaban a todos los actos de la vida cotidiana, especialmente a las comidas y a la mesa.

Los fariseos y legistas bajo su apariencia de justicia, encubren la peor impureza: mal interpretar la Ley, justificando sus conductas en un mandato de Dios. La verdadera pureza es la solidaridad efectiva con los necesitados.

C) Comidas con los discípulos

Las comidas de Jesús con sus discípulos figuran en la parte final del evangelio, en los relatos de la pasión y de las apariciones pascuales, cuando se revela con claridad el sentido de la vida de Jesús y su destino. Sabemos que las diversas comidas de Jesús son ocasión de amplias enseñanzas, en las que se subraya la subversión de valores establecidos que supone el Reino de Dios. En las comidas con los discípulos, esta enseñanza adquiere un tono muy

especial y se convierte, además, en una invitación: se revela el destino del Mesías, que pasa por la cruz y por la muerte, y se invita a los discípulos a participar de este mismo estilo de vida.

Para Lucas, el partir el pan de Jesús con sus seguidores indica la participación en su misión y en su destino. Participar de la mesa es la más decisiva expresión del hecho de estar vinculado al grupo, formar parte de la casa y compartir los mismos valores y el mismo destino. Es normal que el momento de compartir la mesa con Jesús sea el más propicio para compartir su misterio más íntimo y para ser invitados a compartir su estilo de vida y su destino.

D) El comer como símbolo positivo y negativo

Lucas es el que más habla de la comida como una realidad humana, también es el que más la utiliza de manera simbólica.

El banquete, como comida solemne y compartida, puede expresar la plenitud de la salvación, y Lucas utiliza con especial frecuencia la imagen del banquete mesiánico (6,20-21; 12,37; 13,28-29; 14,15.16-24; 16,22-23; 22,16. 18.30). También hace un uso muy particular del "comer y beber" como expresión de la vida egoísta, injusta y despreocupada respecto de Dios y de los hombres (6,25; 12,19; 12,45; 16,19; 17,27-28; 20,46-47; 21,34). "*Come, bebe, banquetea*", equivale a atesorar para sí y no ser rico ante Dios (12,21).

Rafael Aguirre. *La mesa compartida*. Sal Terrae, 1994. 58-102

2. TEXTOS

1ª LECTURA: DEUTERONOMIO 8, 2-3.14b-16ª

Moisés habló al pueblo, diciendo: el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto; para afligirte, para ponerte a prueba y conocer tus intenciones: si guardas sus preceptos o no.

Él te afligió, haciéndote pasar hambre, y después te alimentó con el maná, que tú no conocías ni conocieron tus padres, para enseñarte que no sólo vive el hombre de pan, sino de todo cuanto sale de la boca de Dios.

No te olvides del Señor, tu Dios, que te sacó de Egipto, de la esclavitud, que te hizo recorrer aquel desierto inmenso y terrible, con dragones y alacranes, un sequedal sin una gota de agua, que sacó agua para ti de una roca de pedernal; que te alimentó en el desierto con un maná que no conocían tus padres.»

Cuando el autor escribe estas palabras -que él atribuye a Moisés- el pueblo de Israel vive ya tranquilamente en la tierra que le había sido prometida, una tierra que mana leche y miel. Pero la fertilidad de la tierra y la tierra misma se pueden perder. La única

posibilidad de supervivencia sigue siendo para Israel la confianza en Dios y en el acatamiento de su voluntad.

Desde la nueva situación de prosperidad y de abundancia relativa, el desierto es para Israel una realidad terrible, felizmente lejana; sin embargo, la nueva situación es mucho más peligrosa en cuanto favorece el sentimiento de autosuficiencia y lleva al olvido del Señor, que sacó al pueblo de la esclavitud y le dio de comer y beber en el desierto. El autor ve este peligro y avisa la conciencia del pueblo con el recuerdo de sus orígenes.

Recordar, hacer memoria, conectar con el pasado glorioso, es parte de la historia de fe, o de la salvación. *No solo de pan vive el hombre.*

SALMO RESPONSORIAL SAL 147

R. Glorifica al Señor, Jerusalén.

Glorifica al Señor, Jerusalén; alaba a tu Dios, Sión: que ha reforzado los cerrojos de tus puertas, y ha bendecido a tus hijos dentro de ti. R.

Ha puesto paz en tus fronteras, te sacia con flor de harina. Él envía su mensaje a la tierra, y su palabra corre veloz. R.

Anuncia su palabra a Jacob, sus decretos y mandatos a Israel; con ninguna nación obró así, ni les dio a conocer sus mandatos. R.

2ª LECTURA: 1ª CORINTIOS 10, 16-17

Hermanos:

El cáliz de la bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan.

Es éste probablemente el testimonio más antiguo del N. Testamento sobre uno de los misterios centrales de la Iglesia: la Eucaristía. En el capítulo siguiente abordará Pablo el tema de forma más detallada. Aquí se limita a subrayar el papel de la Eucaristía como vínculo de unión de los creyentes con Cristo y de todos los cristianos entre sí.

El contexto de este pasaje es la participación en las comidas ofrecidas a los ídolos; algunos miembros de la comunidad participaban en ellas, porque pensaban que comer esos alimentos era unirse a los dioses a los que se habían ofrecido.

Pablo **contrapone** esa unión ficticia con unos dioses inexistentes a la **unión real** que el cristiano tiene con Cristo al comer su Cuerpo y su Sangre (ese es el sentido de la Eucaristía). Y pasa directamente de la unión con Cristo a la unión con todos los participantes en la Eucaristía, pues **unirse con Cristo es lo mismo que unirse con los demás.**

EVANGELIO: JUAN 6, 51-59

El cap. 6 nos narra la multiplicación y el discurso sobre el pan de vida. El relato de hoy corresponde a este discurso.

El milagro de la multiplicación lo cuentan los cuatro evangelios. El suceso, nos resume Schökel, mira hacia el **pasado**, hacia Moisés y los israelitas en el desierto; mira hacia el **futuro** (presente para los evangelios), la celebración eucarística. Es que el milagro se dirige a una de las necesidades básicas del hombre: el alimento, que por ello es generador de símbolos.

El don del pan, nos apunta León-Dufour, es paralelo al don del vino en Caná; el pan de la vida que anuncia el discurso evoca el don del agua viva prometido a la samaritana. El vino, el agua y el pan: estos símbolos joánicos se completan para significar, cada uno a su manera, **la vida que Jesús comunica al creyente**.

El lugar que debía ocupar este discurso, que era la última cena (Jn 13), lo eligió el evangelista para narrar el lavatorio de los pies. El traslado aquí está justificado por razón de la semejanza en la materia: pan material, pan bajado del cielo, pan eucarístico.

51. Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo.

Ya al principio del capítulo los judíos le habían pedido una señal para creer, al igual que aquella que dio Moisés: el pan del cielo, el maná del desierto.

Aquel pan, por prodigioso que pareciera no comunicaba vida verdadera y no les sirvió como sustento para entrar en la tierra prometida. Fue toda una generación la que murió sin ver esa tierra de libertad. No llegan. Aquel pan fracasa. Era un pan exterior.

Mientras Jesús se mantuvo en la metáfora del pan, creían comprender; podían aún interpretar que se presentaba como un maestro de sabiduría enviado por Dios. Pero Jesús ha precisado que ese pan es su misma realidad humana (su carne), no una doctrina. Ya no entienden qué puede significar "comer su carne".

Jesús hace una nueva declaración, que explica la anterior: **comer y beber significan asimilarse a él, aceptar y hacer propio el amor expresado en su vida (su carne) y en su muerte (su sangre)**.

Quien lo come no morirá, porque hay una comunicación total de vida procedente de Dios, el Espíritu, que fluye a través de Jesús y es comunicado por él. Es un pan que baja continuamente, como un don siempre ofrecido, para dar vida.

52. Los discípulos se pusieron a discutir: ¿Cómo puede este darnos de comer su carne?

Las palabras de Jesús provocan una pelea entre los mismos discípulos. No entienden su lenguaje; la mención de su carne les ha desorientado, les ha quitado seguridad.

53-55 Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida.

La separación de la carne y la sangre expresa la muerte; Jesús va a dar su carne muriendo. Cuando su carne y su sangre sean separadas por la violencia del odio, quedara patente la vida que hay en él, el Espíritu.

La carne del cordero pascual fue alimento para la salida de la esclavitud, su sangre liberó de la muerte. En el nuevo éxodo, el Cordero es el alimento permanente y su sangre no solo libera momentáneamente de la muerte, sino que la supera dando una vida definitiva. No se trata simplemente de la promesa de una vida futura para el otro mundo, se trata de dar vida, ya y ahora, a los hombres de este mundo que coman y beban el cuerpo y la sangre del cordero de la nueva liberación.

El evangelista insiste en presentar la carne y la sangre como verdadera comida y bebida. Frente a una concepción que existía en el cristianismo primitivo de considerar a la eucaristía como mero símbolo, el texto subraya que se trata de una verdadera comida, de una comida real, en la que se participa de la carne y de la sangre de Cristo.

56-57 El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí.

La adhesión a Jesús no queda en lo externo. No es un modelo exterior a imitar, sino una realidad interiorizada. Produce una sintonía con él que hace vivir en comunión estrecha con él. Esta permanencia designa la vida cristiana como tal: el discipulado cristiano se define por la permanencia en la unión con Cristo.

No se tiene vida si no hay asimilación a su persona. Aceptar a Jesús, adherirse a él, equivale a "comer", y significa asimilar su realidad humana, que se da al hombre en su vida y en su muerte. Y el Espíritu-vida que se recibe lleva al hombre a la misma entrega a la que lleva a Jesús.

La vida que Jesús posee procede del Padre y él vive en total dedicación al designio de Dios. Este mismo vínculo de vida (vida recibida-vida dedicada) existe entre los discípulos y Jesús.

58-59 Este es el pan bajado del cielo; no como el que comieron vuestros padres, y murieron; el que coma este pan vivirá para siempre.» Esto dijo enseñando en la sinagoga de Cafarnaúm.

Es el resumen de toda la perícopa. Existen dos panes del cielo: uno falso, el maná, y otro el verdadero, su propia persona.

3. PREGUNTAS... PARA VIVIR HOY EL EVANGELIO

1. FORMAMOS UN SOLO CUERPO

En esta lectura de la carta a los Corintios, el texto más antiguo sobre la Eucaristía, Pablo nos dice llanamente que "el pan que compartimos" es participar y estar en el "cuerpo de Cristo". Tenemos que adoptar, en el seno de nuestra comunidad, el mismo comportamiento que los miembros en el cuerpo: todos son distintos, pero cada uno es necesario al otro y cumple su función propia estando al servicio de todos.

Y la comunidad cristiana, nos dice Pablo, **se construye como cuerpo de Cristo precisamente en la celebración de la Eucaristía**. Esa celebración consiste esencialmente en la puesta en práctica del amor mutuo, en el servicio y la disponibilidad ante los demás. El comer y el beber son símbolos de esa experiencia, de esa común unión con el mismo Cristo presente en la comunidad y con todos y cada uno de los miembros del grupo cristiano.

- ¿Necesitamos la Eucaristía para crecer como cuerpo, como comunidad, que escucha la Palabra, comparte con el hermano, y siente la alegría de la presencia del Señor?
- ¿Salgo de las Eucaristías con un compromiso serio de compartir, dinero, tiempo, escuchas, atenciones, silencios, alegrías?

2. JESUS, NUESTRA VIDA

La muerte del otro es la única experiencia verdadera que el hombre puede tener. Mi muerte como acontecimiento no puede ser para mí una experiencia. Solamente en la muerte del otro vislumbro la mía. **La muerte de Cristo es para mí luz y experiencia**. Murió por mí. Por eso estas palabras son experiencia viva que tengo que revivirlas en mí.

Jesús no ha venido a dar cosas sino **a darse él mismo**. El pan simboliza su propia entrega. Jesús escogió ser pan partido y repartido para dar vida. ¿Qué quiso decir con este gesto del pan y el vino? ¿Por qué eligió este modo de recordar su muerte y resurrección y no otro?

El pan está hecho de granos triturados. Es duro por fuera pero blando por dentro. Se deja romper y masticar para ser alimento y ayudar a vivir. No había símbolo mejor para expresar la entrega de sí mismo en bien de otros. No había símbolo mejor para expresar el sentido y el valor de su muerte en la cruz. Como el pan, así él moría para salvarnos, para darnos la vida.

Lo mismo pasa con el vino. La uva, cuando es estrujada, da lo mejor de sí misma. El vino se parece a la sangre y entra dentro del hombre y le llena de alegría el corazón. El vino es símbolo de la sangre y la sangre es símbolo de la vida. Jesús quiso simbolizar con el vino la resurrección. El toma de nuevo la vida que ha entregado y la da, con su Espíritu, a los que le siguen. De esta manera los que participamos en la misa compartimos su muerte y su resurrección de un modo misterioso.

Por eso cogió el pan y el vino: para expresar el significado y el valor de su muerte y de su resurrección; el entrega su vida por nosotros, para salvarnos. Más aún: nos entrega su vida para que seamos como él. Cada vez que repetimos este signo en la misa se repite para nosotros la muerte y resurrección del Señor.

Así el discípulo tiene que considerarse a sí mismo como un pan que se da, y que para darse muchas veces hay que "romperse". **El que se parte y se comparte. Solo muriendo hay vida. Solo menguando se crece. Y despojándose se tiene a manos llenas**. Hacer de la propia vida un alimento disponible para los demás. **Y tomar fuerza en la Eucaristía**, donde se realiza ese gesto de amor, de entrega hasta dar la vida.

- ¿Me abandono a ese misterio profundo, de la presencia del Cristo en ese pan de todos?
- ¿Mi vida de cada día (trabajo, familia, barrio, vecinos, política, grupos de fe...) está fuera de la Eucaristía?
- ¿Es posible derramar vida -como un vino de alegría-, sin verse antes pisoteado, aplastado, prensado, lo mismo que el racimo de uvas?

3. EL PAN QUE SE PARTE Y SE COMPARTE

La Eucaristía es una comida compartida, no es una cosa santa y sagrada, **sino una "acción" que comporta un determinado simbolismo**. En ella los comensales comen del mismo pan, que se parte y se reparte entre todos, y todos beben de la misma copa, que pasa de boca en boca desde el primero al último.

El hecho de partir el pan con otras personas, aparece como un constitutivo de lo que **en realidad fue la experiencia** de la eucaristía para las primeras comunidades cristianas.

Y así lo vivió la iglesia primitiva. En Hechos 2, 42-47 nos dice: "a diario frecuentaban el templo en grupo; partían el pan en las casas y comían juntos alabando a Dios con alegría y de todo corazón, siendo bien vistos de todo el pueblo"

El texto distingue, por una parte el templo; por otra, **las casas**. Distingue el espacio sagrado del profano. La fracción del pan (la eucaristía) no está vinculada al espacio sagrado. Desde este punto de vista, la celebración eucaristía no es un "ritual religioso", **sino un símbolo comunitario**.

Y sacaron consecuencias de lo que representaba ese símbolo: poner en común todo lo que cada uno poseía.

- ¿Como vivo el compartir?
- ¿Que dificultades encuentro?
- ¿Que ideas nuevas se me ocurren para aligerar la carga de mis hermanos?
- ¿Veó a mi hermano con "carencias" o con posibilidades?

Juan García. Parroquia San Pablo. HUELVA
<http://www.escuchadelapalabra.com/>